

# CEDEÓN

ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA

10 céntimos NÚMERO SUELTO 10 céntimos

DIRECCIÓN: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.—ADMINISTRACIÓN: SERRANO, 55

AÑO XI

MADRID, JUEVES 9 DE FEBRERO DE 1905

NUM. 481



## EL BONITO PAPEL DE LOS LIBERALES

LOS DOS MORTALES AMIGOS—¿ESTÁ EL SEÑOR PRESIDENTE?

EL UJIER.—EL CASO ES... QUE AHORA ESTÁ MUY OCUPADO AHÍ DENTRO...

LOS DOS.—BIEN; PUES... AQUÍ LE TRAJAMOS UN PAPEL PIDIÉNDOLE QUE REUNA LAS CORTES.

EL UJIER.—¡AH! PUES NO IMPORTA. DÉNMELE USTEDES, QUE YA LO APROVECHARÁ EN SEGUIDA.

# JUEVES DE GEDIÓN



Gedeón, aquí te traigo esto.

—¿Qué es ello?

—Un papel. Me lo han dado para ti.

—¿Pero quién te lo ha dado?

—D. Raimundo; le encontré, que salía de un establecimiento público de esos que tienen montera y agua corriente, y me dijo: «Hombre, á propósito de cañonazos, haga usted el favor de entregar á nuestro común amigo y maestro Gedeón este papel. Dígame usted de mi parte que lo lea detenidamente, lo reflexione con mayor detención aún, y después me aconseje lo que debo hacer sobre él.»

—¡Malo, malo, Calínez! Algo muy desagradable contiene ese pliego cuando tanto preocupa al insigne hombre público que hoy rige el Estado, al inconmensurable estadista de Puerta Cerrada.

—Pues á mí me pareció que acababa de abrir alguna.

—¿No sería la de las Cámaras?

—Puede. En suma: toma el papelito.

—Déjame que me ponga los guantes. A todo señor todo honor, como dicen en las obras dramáticas originales. Yo no recojo un papel procedente de D. Raimundo, y de D. Raimundo al salir de ciertos establecimientos públicos, con la mano plebeyamente desnuda. Para corresponder al honor que me dispensa nuestro gran financiero, tengo que calzarme algo. Pues me calzo el guante. Ya está. Ahora dame el papel.

—Tómalo.

—¡Calle! ésta es letra de yerno.

—¿En qué lo conoces?

—En que todos los rasgos parece que piden algo. No me cabe duda, Calínez, esto se ha escrito en casa de Montero Ríos, porque además de la señal apuntada, el papel está completamente mojado.

—¿Y eso qué?

—La destilación gallega.

—¡Ah, ya! ¿Pero no lo podía haber mojado también D. Raimundo?

—No, no; éste era ya un papel mojado antes de que llegase á sus manos pecadoras. Y mira si será un papel mojado, que además de Montero Ríos, húmedo por el apellido y los catarros, lo suscribe Moret, que fué siempre un hombre al agua.

—Bueno; ¿pero qué dicen en él?

—Le dicen á D. Raimundo que abra las Cortes cuanto antes, y que si no las abre pronto, ellos se lavan las manos.

—Hacen bien; las tendrían muy puercas si esperasen á la apertura ¿Pero por qué ese empeño en gozar de las delicias parlamentarias?

—Ellos lo achacan á los presupuestos del Estado, pero yo me permito creer que piensan también en sus respectivos presupuestos. El grrrran partido liberal, según ellos le califican para que sea con esa grandeza caballero cubierto y no se note que falta la cabeza, el graaaan partido liberal desea vivamente que se abran

las Cortes para tumbar á Villaverde y producir otra crisis.

—Pues son muy cándidos esos señores liberales; ahora está de moda hacer las crisis con las Cortes cerradas; de suerte que es mucho más fácil si arribo al Poder á espaldas del Parlamento, que con el Parlamento en funciones.

—¡Carámbolis, Calínez, á veces dices cosas muy puestas en razón!

—Si quieren concluir con D. Raimundo, que no le lleven á las Cortes.

—¿Pues dónde han de llevarle?

—Que le lleven al huerto del Francés, por ejemplo, y se queda más tieso que Azcárraga.

—¿Al huerto del Francés? Puede ser una solución.

—No hay otra, porque lo que es á las Cortes no le llevan. ¿Comprendes tú que un actor silbado y patateado unánimemente, vuelva á presentarse en el teatro donde tales triunfos obtuvo? Pues Villaverde, cada vez que piense en reanudar las sesiones, se acordará de los silbidos y los patatazos parlamentarios de la otra etapa de su mando, ¡y cualquiera le mete de nuevo en el banco azul!

—Bien, pero ahora cuenta para sus empeños oratorios con las extraordinarias dotes de Lacierva.

—Mira, mira, ya no somos chiquillos del colegio para que un Gobierno pueda salvarse recitando fábulas.

—¿Qué fábulas?

—*Lacierva parlamentaria*. ¿No es ese todo el título de una fábula? Desengaña-te, D. Raimundo no va al Congreso ni por compromiso, que es como suele ir á otras muchas partes. Disfrutará el Poder todo lo que pueda con las Cortes cerradas, y cuando no tenga más remedio que actuar de *Buñolero*, antes de meter la llave por el agujero del toril, se tirará al anillo.

—¡Dios santo, de qué cosas le supones capaz! ¡Tirarse al anillo un hombre de su reputación! ¡Pero eso sería una cobardía incalificable!

—Todo lo que tú quieras, Gedeón; pero tal como lo digo ha de suceder.

—¿Y cómo justifica sus meses de mando á espaldas del Parlamento?

—Muy sencillamente. Ya se lo dice á todo el mundo: él y sus compañeros están estudiando. Son como esos escolares que *empollan* bárbaramente á fines de curso para no presentarse á examen.

—¡Nos hemos lucido si Villaverde hace eso!

—¿Ha hecho otra cosa en su vida?

—Por eso mismo creí que ya se sabía de coro todas las ciencias gubernamentales, sin olvidar la medicina de la peseta. Pero si *empolla* aún, ¡ese hombre va á ser un Pozo-rubio de conocimientos!

—Los verdaderos sabios son de una modestia aplastante. Ahí le tuviste dedicando media vida á los males peseteros.

Se sabe como un Hipócrates todos los que puede padecer la peseta en el anverso, en el reverso y en el canto. Conoce al dedillo los remedios para todas esas enfermedades y otras muchas más. Pues bien, después de esos prolijos y concienzudos estudios, la peseta continúa tan delicada como antes, y él ni siquiera le frota con un unguento. Su modestia no le permite aplicar los vastos conocimientos que posee. Dominada una ciencia pasa á otra, y mientras tanto, la peseta se muere.

¿De modo que *empolla* por *empollar*, sin ningún resultado práctico? Pues para beneficiarnos así, se podía dedicar á la confección de encaje de bolillos. Siquiera de ese modo tendría siempre en danza á sus compañeros de Gabinete. Bueno; pero pensemos lo que le hemos de aconsejar que haga sobre el papel de los liberales. ¿Cómo crees tú que debe responderles, de un modo duro ó blando?

—Lo mismo da, Gedeón; según le venga en ganas. Hágalo como lo haga, el graaaan partido liberal se esperará achantadito á que salga el sol por Oriente creyendo en su inocencia, que ya ha justificado ante el país sus energías con esa terrible protesta, de la cual nos reímos todos, incluso sus mismos autores. Como la cuestión es pasar el rato, le aconsejaremos, sin embargo, á Villaverde que finja grandes esfuerzos y violentas contracciones para salir de su apuro.

—No será necesario que las finja; las siente.

—Mejor que mejor. Aquí ya nadie hace caso de papeles; pero que se guarde, como de menearse en la cama, de no apartarse saltando cuando oiga la terrible voz de «¡que viene el automóvil!»



## ¡A LOS TOROS!

Pese al inmenso poder de los sabios oficiales, al cabo van á volver los toros dominicales.

Fué tan tenaz y expresiva la saludable campaña para que la fiesta viva, por el esplendor de España, que ya las gentes toreras se burlan del Instituto... ¡Se han lucido estas lumbreras en estado de canuto!...

El conflicto provocado ya se disuelve en su seno, porque el Consejo de Estado lo va á resolver, en pleno; que aquellos graves señores, para aliviar nuestros males, son algo «toreadores» y un poco tradicionales.

Y hasta el sér extraordinario don Raimundo, hombre formal, también es un partidario de la fiesta nacional.



## EL INFAME SEDUTOR

LA PESETA ABANDONADA ¡AY! Y ENFERMA

CON QUE TEVAS Y M'ADEJAS  
Y DECÍAS QUE M'AMABAS...

¡TE MARCHAS SIN SANEARME!  
¡QUÉ PARTIDA MÁS SERRANA!

Así, pues, para venganza  
de los sabios *toricidas*,  
vuelve á lucir la esperanza  
como el sol en las corridas.

Yo no soy un defensor  
de esa fiesta respetable,  
mas tampoco un detractor  
del género inaguantable;

y así me curo en salud,  
que es siempre el mejor remedio,  
pues gusto de la virtud  
que tiene el «término medio»;

y algunas veces me indigno  
con la fiesta combatida,  
y otras veces me resigno  
y me largo á una corrida...

Mas ¡la verdad!... Como ignoro  
la tauromáquica ciencia,  
entre un toro y otro toro  
no hallo mucha diferencia,  
y suele causarme envidia  
ver que los inteligentes  
encuentran siempre en la lidia  
varios lances diferentes...

Sale un toro, le capean,  
con la pica le maltratan;  
después le banderillean,  
le dan pases y lo matan;  
se grita ó se aplaude á coro  
por cien voces de sochantre;  
sale después otro toro  
y le hacen igual... ¡qué diantre!

¡Y así la tarde transcurre  
monótona y fastidiosa,  
y el que es profano se aburre  
de una manera espantosa!

Pero si el pobre pazguato  
se cansa bonitamente...  
¡caballeros, vaya un rato  
que pasa el inteligente!

Sale un toro, y «¡al corral!»,  
grita el hombre enfurecido;  
le pican, y «¡qué animal!»,  
exclama dando un chillido...

se mete con el torero  
lleno de santo rencor;  
le grita al banderillero,  
protesta del matador;

y al censurar con sangrientas  
frases lo que no halla justo,  
resulta, por fin de cuentas,  
que se ha tomado un digusto.

En estas observaciones  
nadie encuentre una protesta,  
pues no he de hacer objeciones  
á la simpática fiesta.

Defiendo, por el contrario,  
la amena y variada lidia  
¡para que rabie el acuario  
que con sueldo nos fastidia!

Y estoy contento al saber  
que, aliviando nuestros males,  
al cabo van á volver  
los toros dominicales.

# UN GRITO

«¡A las Cortes! ¡A las Cortes!  
¡A las Cortes sin tardar!...»  
He aquí la frase de moda  
y el grito de actualidad...  
Desde Salmerón á Maura,  
de Moret á Nocedal,  
cuantos en las Cortes viven  
con dulce comodidad,  
sufren al verlas cerradas,  
protestan porque lo están,  
y quieren que en el momento  
las abran de par en par.  
Con entusiasmo los unos,  
como comparsas los más,  
éstos con celo fingido  
y otros con sinceridad,  
todos gritan á sus puertas  
y se llegan á enfadar  
pensando que en la tardanza  
vida y decoro les va...  
Dicen, para que su empeño  
podamos justificar,  
que luchan por el prestigio  
del régimen; que serán  
escarnecidos sus fueros  
si no las abren... ¡Ya, ya!...  
Que estén abiertas las Cortes  
ó cerradas, es igual,  
pues con ellas y sin ellas  
sigue la interinidad.  
Y para ver que se insultan  
los genios de pan llevar,  
y sufrir sus frases cursis  
de escasa oportunidad,  
y tolerarles sus chistes  
y sus latas soportar,  
¡más vale que estén cerradas  
por toda una eternidad!  
El brote parlamentario,  
que es algo primaveral,  
si ahora estamos en invierno,  
¿por qué demonios saldrá?  
¡Misterios del organismo  
que no me atrevo á explicar!  
Por él murió don Marcelo,  
por él murió don Tomás,  
por él murió el nuevo César,  
por él murió el de Aguilar,  
y don Raimundo y los suyos  
también por él morirán.  
Tienen á las Cortes miedo  
y los quieren empujar...  
¡qué corazones tan duros  
y qué mala voluntad!...  
Cuando ellos dicen «¡no quiero!»  
les contestan «¡Arre allá!».  
«¡A las Cortes! ¡A las Cortes!  
¡A las Cortes sin tardar!...»  
He aquí la frase de moda  
y el grito de actualidad.



## Nuestros ilustres huéspedes

Ya habíamos tenido el honor de presentar á ustedes algunos bichos de que disponíamos para andar por casa, pero desde que ha subido al Poder el saneador de la moneda, que no nos la va á sanear ni nada, se nos han colado de momio tantos seres pertenecientes á la escala zoológica y más ó menos villaverdistas, que ya casi no tenemos dónde colocarlos.

No podemos resistir desde ahora al deseo de que conozcan ustedes á nuestros ilustres huéspedes, que ya irán colándose

en las Direcciones generales y demás momios en cuanto los mauristas los suelten, si es que por fin los sueltan.

¿Qué significan estas siluetas?



¿Son azcarraguistas que huyen ó villaverdinos que pierden la cola en busca de altos puestos?

¡Chi lo sa!, como dice Montecristo cuando saca á relucir su mejor francés.

Eso que sigue ya han comprendido ustedes lo que es.



Un bebedero de patos: uno de los más bellos capítulos de la historia política del Presidente.

¿Cómo hablar á cada instante de nuestro gran cazador de pelo y pluma el famoso D. Raimundo, sin echar mano de esos tímidos é interesantes animalillos,



estros otros?

¿Cómo olvidar que el emblema favorito de su personalidad es el que ustedes ven?



No nos apartemos mucho, sin embargo, de aquellos otros para quienes la pomposidad y aparato de D. Raimundo pudieran hacerle jefe de un partido de



y es lo cierto que muchos liberales monárquicos llaman ya entre bostezos á don Raimundo y á los suyos los pavos reales, aludiendo quizás á lo que ustedes se figuran y nosotros nos llamamos. Porque ya es sabido que la tradición pintaba á estos políticos como hombres de mucho genio y carácter, como unos verdaderos



pero la realidad nos los presenta como los más mansos, dóciles y domesticados de los



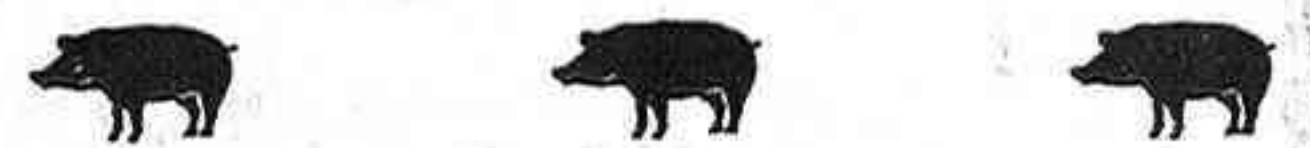
Siendo así, pueden ustedes figurarse que las prometidas reformas y la reorganización de servicios quedarán á cargo de una comisión villaverdistá de este jaez:



Y no hay que decir el paso que va á llevar el saneamiento de la moneda, confiado á otra Junta nombrada por D. Raimundo y organizada en esta forma:



Con lo cual, es obvio suponer que los gobernantes van á quedar ante el país como unos verdaderos



Y menos mal si entre ellos no se deslizan algunas



Y aún tendremos por milagro, dada la blandura y mansurronería del partido, que no se vuelvan á presentar los sacristanes de Maura y de Pidal con sus bandadas de



Pero lo que desde ahora afirmamos que no faltan, son quisquillas: véanlas ustedes:



En resumen: Maura habló del pico de la chocha y Villaverde hablará del de los



que son las aves más picudas y más tristes que se conocen: pero todo ello se quedará en jarabe de pico.

Y con esto, ya están presentados nuestros ilustres huéspedes, á los que de hoy en adelante verán ustedes haciendo la única cosa que puede salvarnos, á pesar de Villaverde:

Trabajar en libertad.

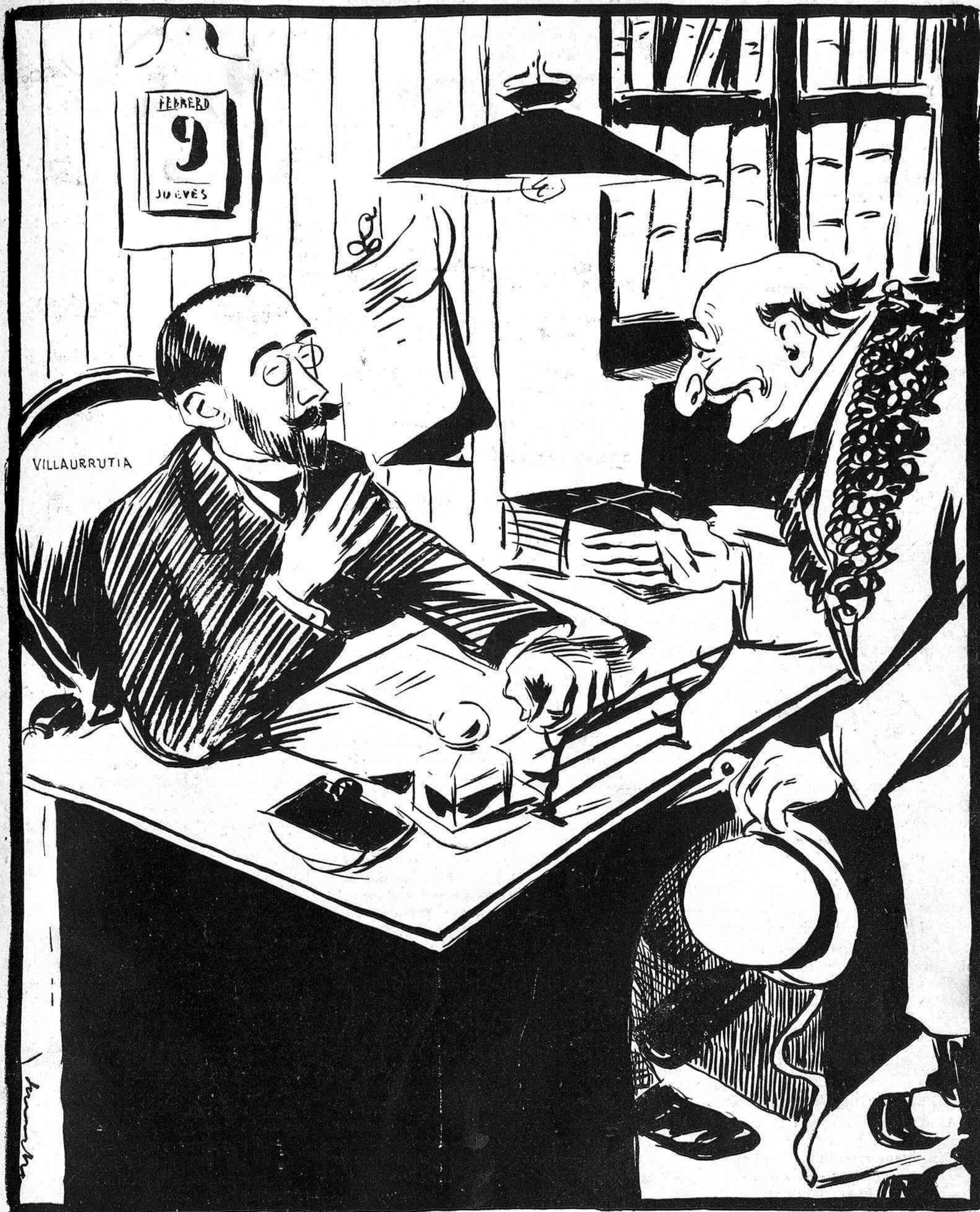


## ¡El papel vale más!

(NOTAS BIBLIOGRÁFICAS)

Varios amigos nuestros nos han dicho ya repetidas veces que el Sr. Barriobero y Herrán tiene especialísimo interés en que le demos un palo en estas columnas. No sabemos de qué le va á servir eso al Sr. Barriobero; pero en fin, puesto que en ello se empeña y se agarra á buenas aldabas, nosotros, que somos tan críticos y tan imparciales como el que más, lo cual quiere decir que no somos críticos ni nada, y atendemos preferentemente á las recomendaciones amistosas, vamos á decirle al Sr. Barriobero y Herrán que tampoco él es crítico, ni su librito *Cervantes de levita* va á ninguna parte, ni demuestra nada... ó si demuestra algo, es únicamente las terribles é infundadas pretensiones de su autor.

El Sr. Barriobero y Herrán ha tomado á Cervantes entre los puntos de la pluma pectoral, y haciéndole salir pálido de la cárcel de Argamasilla, en la cual Cervantes no estuvo nunca, le conduce con el manuscrito del *Quijote* por diversas redacciones de Madrid, donde, naturalmente, ¡para que vean ustedes si es pillín el Sr. Barriobero! le rechazan el manuscrito y le dicen varios chistes malos, etcétera, etc.



## LAS VACILACIONES DEL HOMBRE DE LAS TRES LENGUAS

EL MINISTRO.—¿MISS...? ¿MADEMOISELLE...? ¿FRÄULEIN...?

GEDEÓN.—¿ESTÁ USTED ENSAYANDO SUS TRES LENGUAS?

EL MINISTRO.—NO; ES QUE NO SÉ CUÁLES DE LAS TRES VOY A TENER QUE GUARDARME EN ESE SITIO.

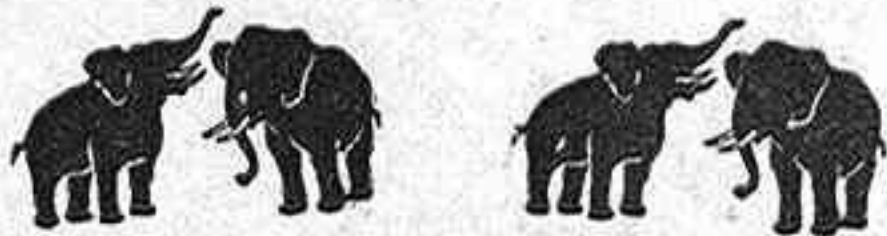
Esto nos da algo que pensar, no mucho, claro está, pero, en fin algo, por el carácter autobiográfico que la cosa esa parece revestir.

¡Carape! ¿Si habrá escrito el Sr. Barriobero y Herrán alguna obra tan genial como el *Quijote* y se la habrán devuelto en *El Imparcial*, ó en *El Liberal*, ó en *Blanco y Negro*, ó en la difunta *Alma Española*, como da á entender en su folletito?

A nosotros, francamente, no nos remuerde la conciencia porque hayamos nunca rechazado en Gedeón ningún *Quijote*; la verdad ante todo; pero ¿quién sabe lo que ocurrirá en otros sitios y los genios desconocidos que tendremos por ahí muertos de hambre ó pegando fajas en esos diarios?

Pero, al mismo tiempo, se nos ocurre que si al Sr. Barriobero le hubiese acontecido algo de lo que á Cervantes, según él, pudiera muy bien, en lugar de publicar ese librito *Cervantes de levita*, que no le va á producir nada, haber dado en un folleto semejante alguna muestra de su obra, y ¡figúrese el Sr. Barriobero el éxito que tendría si saliese ahora con un solo capítulo, con una sola página escrita como las del *Quijote*!

¿O cree el Sr. Barriobero con formalidad y de buena fe que si al público le dan á escoger entre Cervantes y Cavestany, va á preferir á este último? No, amigo, no. Ni salen por ahí *Quijotes* á cada paso, ni el público tiene pelo de tonto. Y si no, ¿apuesta usted algo á que no se venden ni sesenta ejemplares de su *Cervantes de levita*?...



## Los del memorial

(DIÁLOGO COMPLETAMENTE PLATÓNICO)

Despacho de D. Eugenio Montero Ríos. Este gran pope del partido democrático escribe con la misma pluma que le sirvió para echar varios borrones en el tratado de París (q. s. g. h.), en un pliego de papel de Donato Jiménez, vamos, de barba. Rodéanle cuatro estufas y dos braseros para los pies, uno para cada extremidad.

DON SEGISMUNDO (con tono melifluo).—¿Se puede, D. Eugenio?

DON EUGENIO (liándose la manta á la cabeza).—Adelante, querido amigo, adelante. ¡Dichosos los ojos que os vuelven á ver! como cantan en la única *Marina* que nos queda.

DON SEGISMUNDO.—¡Demonio! Este despacho está echando bombas. ¡No sé cómo lo puede usted resistir!

DON EUGENIO.—¡Ah! pues ahora está muy agradable. ¡Con mis yernos es cuando se pone irresistible!

DON SEGISMUNDO.—En fin, después de todo, con tan buena temperatura conservará usted fácilmente el calor democrático.

DON EUGENIO.—¡Ya lo creo! Por más que hace mucho el soplillo de Canalejas.

DON SEGISMUNDO (como á quien le mientan la bicha).—¡Lagarto! ¡lagarto! Por ese hombre nos vemos como nos vemos, así, tan liberales y sin poderlo ganar.

DON EUGENIO.—¡Cómo! ¿Usted cree que es un obstáculo?

DON SEGISMUNDO.—¡Toma! Como que hay quien asegura que si no nos hemos sentado ya á la mesa, es porque el que da el banquete no quiere ver á Canalejas entre nosotros. Una manía; pero ¡qué va usted á hacerle!

DON EUGENIO.—Pero si es de lo más inofensivo...

DON SEGISMUNDO.—Hablemos de otra cosa. ¿Tiene usted ya acabado el escrito para Villaverde?

DON EUGENIO.—Sí, señor; y por cierto que, distraído, recordando mis tiempos de abogado, le había puesto su minuta y todo.

DON SEGISMUNDO.—Vamos á ver, á grandes rasgos...

DON EUGENIO.—Pues nada; le digo que el día 14 de Diciembre se suspendieron las sesiones de Cortes; que la *Gaceta* publicó el real decreto...

DON SEGISMUNDO.—Pero eso ya lo sabe Villaverde tan bien como nosotros.

DON EUGENIO.—Que después ha surgido una nueva crisis ministerial; que aún no se sabe la fecha en que las Cortes han de reanudar sus trabajos...

DON SEGISMUNDO.—D. Eugenio, hasta ahora, usted perdone, me parece el mensaje cosa de Pero Grullo, que por lo visto ha ingresado entre ustedes.

DON EUGENIO.—¡Hombre, un poco de historia! Le recuerdo que hay una porción de proyectos urgentes que discutir y que se dibuja un período grave en el horizonte.

DON SEGISMUNDO.—¿Pero de veras ha escrito usted eso, D. Eugenio? ¿Pero cómo se puede dibujar un período, y en el horizonte? ¡D. Eugenio, por Dios, no se meta usted en dibujos, y menos así, de períodos!

DON EUGENIO (un tanto amoscado).—Se trata de una figura, amigo mio.

DON SEGISMUNDO.—Ciertamente: de una triste figura.

DON EUGENIO.—Después, una dedadita de miel, coba dinástica; digo, refiriéndome á la inmediata necesidad de abrir las Cortes, que los representantes del gran partido para el cual la monarquía es su honor y el dogma de la libertad democrática es su político culto, etc. ¡Yo creo que ya no se acordarán de que contribuí á la aprobación del Concordato en el Senado!

DON SEGISMUNDO.—¡Quién piensa en eso! Muy bien; ¡ese toque de clarín me gusta!

DON EUGENIO.—Y al final, una ligerilla amenaza. Hay que tener en cuenta que somos un partido de turno; al final escribo estas elocuentes palabras, en el supuesto de que las Cortes no reanuden sus tareas: *El gran partido que representamos—digo grande, porque ya que nadie nos lo dice, bueno será que lo creamos nosotros—podría decir entonces que, por su parte, ha cumplido el deber que le impone el amor á la patria y á la institución real que rige sus destinos.* Esta aldabada postrera creo que es oportuna.

DON SEGISMUNDO.—Bueno; pues ahora no hay más que entregárselo á Villaverde.

DON EUGENIO.—Yo había pensado que esta entrega tuviera cierta resonancia, solemnidad, algo así como la publicación de la Bula. Por ejemplo: senadores y diputados de nuestras dos comuniones, con hachas encendidas, abriendo la marcha

como los niños del Hospicio. Luego, López Domínguez, el marqués de la Vega, Romanones, etc., de gran uniforme; detrás usted y yo, bajo el palio de la Unión liberal ó en el coche de Compañy, que es muy decorativo; y cerrando la comitiva, Canalejas al frente de la estudiantina titulada *La verdadera rondalla democrática*. ¿Eh, qué tal? ¡Créame usted que dábamos el golpe!

DON SEGISMUNDO.—Pues ni aún así llamaríamos la atención.

DON EUGENIO.—¡Es usted pesimista, demonio! ¿Tiene usted el coche abajo?

DON SEGISMUNDO.—Sí. Por cierto que no sé á qué hora me lo tomó Aguilera.

DON EUGENIO.—Pues vamos á entregarle el memorial á D. Raimundo sin pérdida de tiempo. ¡Los papeles que tiene uno que hacer para ser jefe de partido! Por supuesto que, aquí en confianza, es como si le lleváramos un parche poroso. ¿Usted cree que abrirá las Cortes?

DON SEGISMUNDO.—¿Abrir? ¡Ni aun que le echen la llave!

DON EUGENIO.—En fin, nosotros hemos cumplido con nuestro deber.

DON SEGISMUNDO.—Desde luego.

DON EUGENIO.—¡Mire usted que Villaverde Presidente, y usted y yo sin cartarlo!

DON SEGISMUNDO.—¡Cosas de este país! (*Entran en el coche.*)



## Tres eran tres...

Conocen ustedes, seguramente aquella copla popularísima que dice:

*Los gallegos en Galicia,  
cuando van en procesión,  
llevan un gato por manga  
y una vieja por pendón.*

Bueno, pues no en balde el progreso lo invade todo; la copla ha sufrido una reforma radicalísima.

Ahora, desde Villaverde, se canta con notables variantes.

Y se dice:

*Los gallegos en Galicia,  
cuando van en procesión,  
llevan á Cobián por gato  
y á Besada por pendón.*

Sin contar á Villaverde, que también es gallego.

El otro día en Pontevedra se organizaron iluminaciones, veladas y fiestas populares con motivo de tan fausto suceso.

Y dicen los periódicos que los augustos nombres de Villaverde, Besada y Cobián aparecieron artísticamente combinados en unos transparentes.

Aquí también les sucede lo mismo.

Cada día los vemos más transparentes. Se comprende el júbilo de los habitantes de Pontevedra.

Tener tres gallegos en un mismo Ministerio no es moco de pavo: es muy superior á tener el famoso tío de Alcalá.

¡Qué lástima que á Vadillo no se le haya ocurrido nacer en aquella pintoresca región de Galicia!

Villaverde, Cobián, Besada y Vadillo... ¡Oh, qué estupendo tute gubernamental!

Por supuesto, que también en el parti-

do democrático tienen lo suyo los pontevedreses.

¡Ahí está Montero Ríos, que dicen va á saltar de un momento á otro!

Nada, nada, que son gente precavida.

¡Tienen transparentes de todas clases!



## ... Y armas al hombro

Por fin los liberales, unidos y contextes, aunque esto último hay muy acreditados autores que lo ponen en duda, estuvieron á ver al Presidente del Consejo de Ministros.

Vamos, no estuvieron todos los liberales.

En representación de todos iban Montero Ríos y nuestro excelente D. Segis.

Vamos, las dos cabezas del partido.

Y por cierto que de estas dos cabezas no se sabe cuál está arriba, ó más arriba que la otra.

Los demócratas afirman que la de arriba es Montero.

Los otros, que D. Segis.

Nosotros creemos que las dos son de abajo y de poquísimos chiste.

En fin, ellos hablaron con Villaverde, que estuvo, contra lo que suele propalarse por ahí, muy amable y condescendiente.



Y tal era la perplejidad que dominaba en las dos cabezas del partido bicípite que... que no le dijeron nada de particular á Villaverde.

Estuvieron sentados una hora; les dieron dos mil vueltas á los pulgares, Montero hacia la derecha y Moret hacia la izquierda, y no lograron pasar del sacramental comienzo de conversación barberil:

—¿Ha visto usted qué tiempesito?

Mientras tanto, las otras dos cabezas del partido conservador, también bicípite, se paseaban por Madrid suficientemente aburridas.

Y no porque les atenacease la duda, como á las del partido liberal.

No, no; el partido conservador, creado por un monstruo ya difunto, ha de tener dos cabezas de suyo, como decía el muerto.

Y estas dos son de arriba.

Maura y Silvela.

Villaverde... ya saben ustedes lo que es.

Pues, como digo, se paseaban de vuelta de una cacería en la que no cazaron nada, porque la temporada es más bien de pesca y para D. Raimundo.

—¿Qué hacemos?—dijo bostezando con música el ordinariote Maura.

—Podríamos entrar en un teatro,—contestó Silvela bostezando también, pero más finamente, como si se hubiese oído á sí mismo.

Miraron el cartel, y ambos cambiaron de color.



Se representaba el aplaudido drama de Iglesias... que á ninguno de los dos les gusta.

Desde su buen coche de presidente, les había visto, no sin cierta interior satisfacción, D. Raimundo.

El cual, en cuanto llegó á su casa, comprendiendo el mal resultado de la expedición cinegética y de la proyectada excursión teatral de sus ex amigos, conoció que era llegado el momento de que él tomase actitudes dictatoriales para salvarnos con todo el equipo. (Esto del equipo es una frase corriente que no tiene vistas á ningún país extranjero.)

Al efecto, se puso á contemplar é imitar un retrato de Trepoff, sacado de un *Zeitung* que le habían regalado.

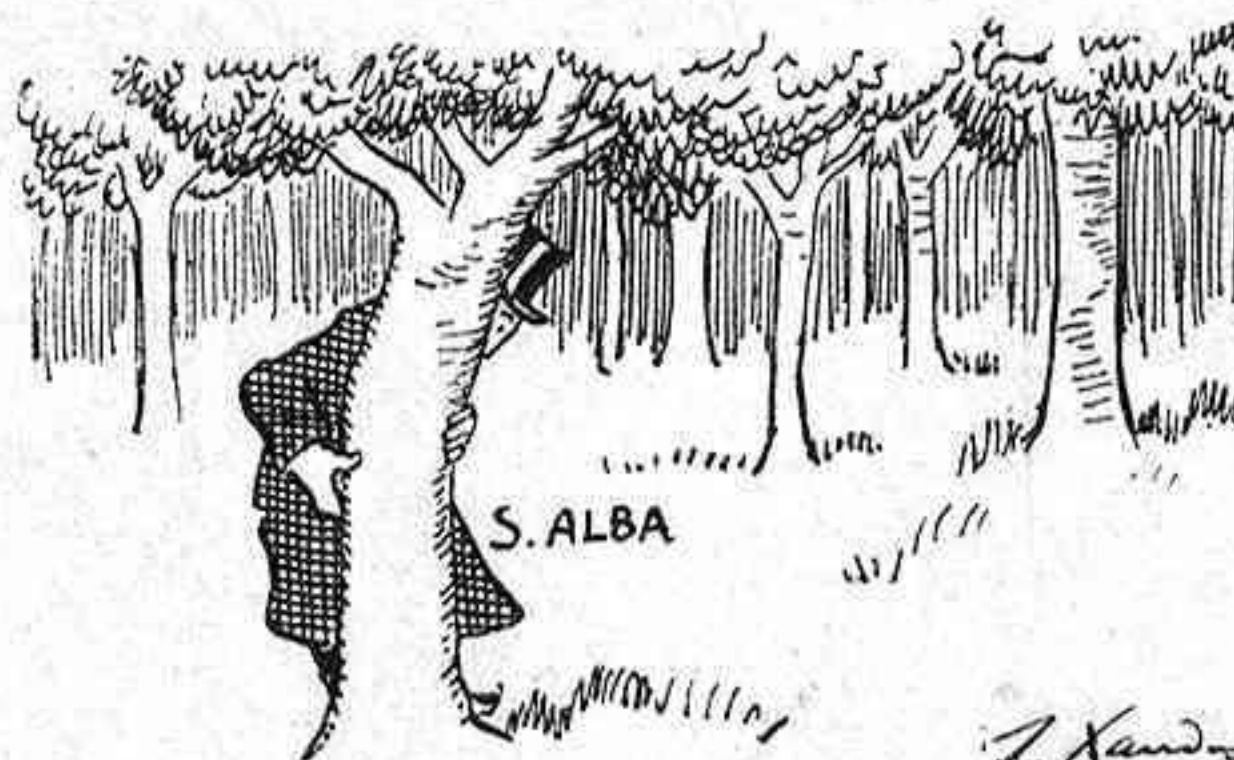


«¡Lástima es —pensaba— no poder hacer que terminase en *off* mi apellido! Villaverdoff resultaría terriblementz dictatorial y amedrentador.»

Pero si no termina en *of*, terminará como la otra vez: En ¡uf!...

Porque la verdad es que, como dictador, no resulta el excelente don Raimundo.

¡Con decirles á ustedes que él, que hace la lluvia y el buen tiempo, no ha logrado aún hacer salir el Alba (D. Santiago) por ningún alto cargo!



Ahí le tienen ustedes, donde le dejábamos el otro día.

¡Pobre Alba!

¡Quién había de pensar que, mandando Villaverde, el hombre de los anglosajones se quedase en el Retiro!

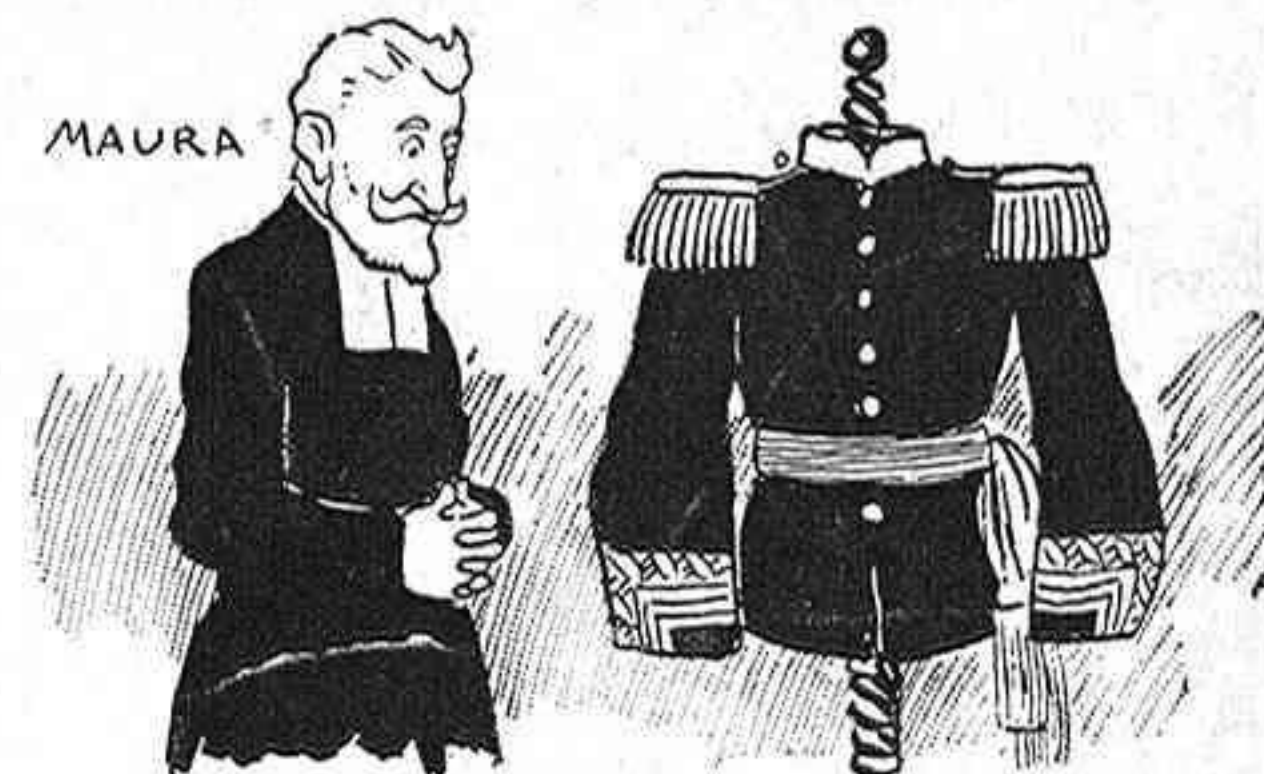
(Este *retiro* lo mismo da ponerle con *R* grande que con *r* chica, maestro Regleta.)

De todas maneras, lo único cierto y satisfactorio es que Maura no vuelve en mucho tiempo.

Hasta la total destrucción de España.

(Este *España* lo mismo da ponerle de cursiva que de redondo, maestro Corondel.)

Entretanto, anda á la husma para ver si logra un alto y lucrativo puesto, que le caería muy bien.



El de general de los jesuitas.

Y la Compañía de Jesús entera podría decir, como una sola Valverde:

—¡Qué general más particular!

El no lo haría por nada.

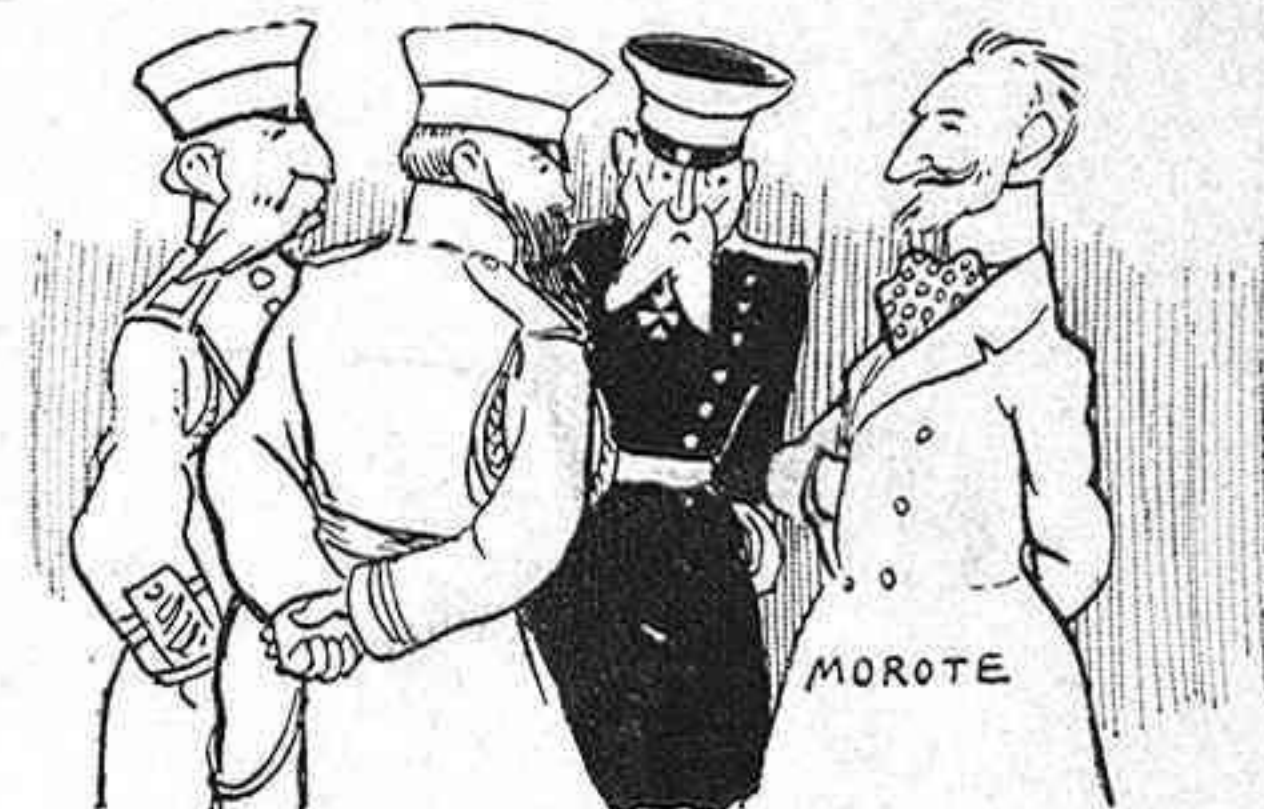
Sino porque le absolviesen todas sus *peccatas minutas*.

En tanto, nuestro inolvidable Morotoff realiza el descubrimiento y conquista de Petersburgo.

Y es el encanto de los petersburgueses.

Y no queremos decir nada de las petersburguesas, por nuestra habitual discreción y por no meter cizaña entre lo más floreciente de nuestro gran mundo.

Lo que sabemos de buena tinta es que Morotoff á todas horas se ve rodeado de grandes duques.

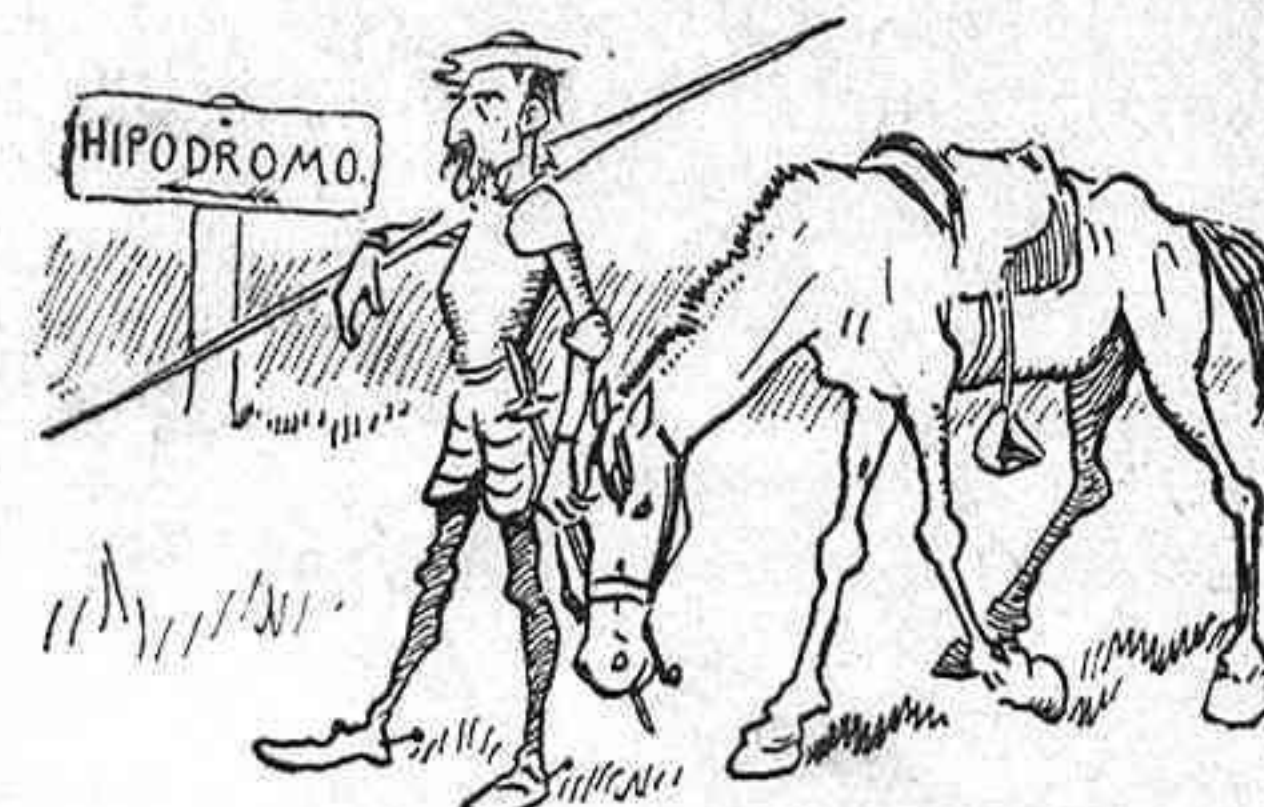


Pero no podemos asegurar si esos ilustres y autocráticos personajes le hablan de los proyectos magnos de Canalejas... ó se limitan á admirar, no sin cierta envidia *granducal*, la corbata de Morotoff, hecha con la misma tela continua ó *interminable* que suele nuestro buen amigo utilizar para escribir sus artículos.

Por fin, ya parece que vamos á hacer algo grandioso, nuevo é inesperado para el Centenario del *Quijote*.

El más notable de los festejos anunciados oficialmente son unas carreras de caballos.

Ya estamos viendo al Ingenioso hidalgo manchego presentarse en el Hipódromo, tropezar con un *starter* ó con dos *bookmakers*, y...



... cuando vean á Rocinante los del *turf*, le echan á pedradas.



## VILLAVERDE, ODONTÓLOGO

(ANTES SACAMUELAS)

EL DENTISTA.—SEÑORES: ¡VAYA UNOS RAIGONES BIEN AGARRADOS LOS DE ESTOS BORGIAS!